

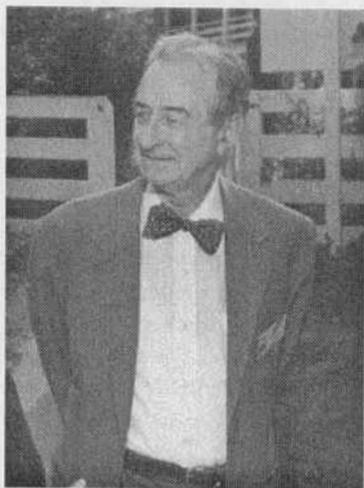
**E**STE CAPÍTULO (El Liceo—El Servicio Militar—Mi Primer Empleo) forma parte de una autobiografía que escribí a petición de mi hija Silvia, que vive en Bolonia, Italia, para que tuviera alguna idea de cómo era mi vida antes de conocer a su madre. Por eso hay algunas referencias a la vida inglesa de mi tiempo que parecen dirigidas a una persona extranjera. He adoptado una aproximación un tanto anecdótica, pero quiero subrayar que todo lo que cuento es absolutamente verdadero: la realidad tiene mucha más imaginación que nosotros.

*Donald L. Shaw*

---

## Autobiografía

*Para mi hija italiana*



**U**N DÍA DE 1942 nos tocó escoger una segunda lengua moderna. A los diez años había empezado el francés y el latín, lo que impresionaba a mis padres que no hablaban ninguna lengua extranjera. Me puse en fila delante de un extraño enano simiesco que tenía fama de excéntrico incluso en el mundo de estrafalarios que era la escuela secundaria del barrio que frecuentaba. Eran los años de la guerra. Los profesores jóvenes habían sido llamados a las armas y fueron reemplazados por viejos jubilados y ¡mujeres! ¡En una escuela de chicos! Me enamoré locamente de la nueva profesora de latín y esperaba con impaciencia las clases de biología en las que abrumamos a la profesora con preguntas acerca del sexo. A la distancia de sesenta años me doy cuenta de que la pobre sabía menos que nosotros. No importaba. Estábamos hablando de cosas sucias ¡con una mujer!

No había tal en la clase de español. El enanito pertenecía a la secta de los bautistas y nos advirtió desde la primera clase: «Yo señores, seré un pastor bautista, ¡pero no soy un imbécil!» Y no era un perezoso. Era un ex empleado del Banco de Londres y Sudamérica y nos divertía con historias de sus aventuras en las selvas de Centroamérica. Pero mientras tanto se revelaba un cómitre. Con él hice seis años de español. Se trataba de obtener una beca del estado para entrar en la universidad. Conforme avanzamos en el dominio de la lengua él empezaba a dividir las palabras en palabras comunes y palabras dignas de un becario. No había que escribir «a la luz del sol»; había que escribir «En la plena refulgencia del sol», etc. A los dieciocho años escribía un español estrambótico, lleno de floripondios y a veces arcaísmos cervantinos que, sin embargo, escrito por un colegial, electrizaba a los examinadores. Además leíamos de todo. Me veo todavía en pantaloncitos cortos, estudiando *La prudencia en la mujer* de Tirso, o *El licenciado Vidriera* de Cervantes. Era grotesco. Pero producía el resultado deseado. Entonces había dos exámenes importantes. Uno se daba normalmente a los dieciséis años. Era el «Matric» que en el pasado servía para matricularse en la universidad. En los años cuarenta servía sólo para dejar la escuela secundaria con un diploma. Naturalmente había que dar un examen oral en español. El examinador era el temible Eduardo Sarmiento de la Universidad de Gales, uno de los fundadores del hispanismo moderno británico. Nos recibió uno a uno en una sala de la Universidad de Manchester. Fue la primera vez que pisé las aulas de la que iba a ser mi alma mater. Me dio una hoja impresa con un trozo de prosa que había que leer en voz alta. Lo reconocí. Pertenecía a *La hermana San Sulpicio* de Palacio Valdés. Se lo dije. El catedrático (era la primera vez que yo hablaba con un auténtico español) me miró estupefacto. Supongo que era yo el único chico inglés en aquel momento capaz de reconocer un párrafo de Palacio. Me pidió el nombre del personaje central de la novela. Se lo di y me despidió. Naturalmente recibí plenos votos. Supongo que desde aquel momento mi destino estaba señalado: sería un hispanista. Más tarde, tras un montón de lecturas de los románticos, Galdós, Clarín, Pardo Bazán, los noventayo-

chistas, y hasta Echegaray y Marquina (lo digo con vergüenza) conseguí la beca y comencé a frecuentar el departamento de español de la Universidad de Manchester.

Eran los años de oro del departamento. El jefe era un perezoso de primera, sin publicaciones y sin prestigio intelectual, pero simpatiquísimo. Había reunido en torno a sí a algunos de los hispanistas más insignes de Gran Bretaña en aquel momento, entre ellos Brian Tate uno de nuestros medievalistas más conocidos, luego miembro de la Academia Británica, González Muela, cuyo libro sobre la lengua poética de la generación de Guillén y Lorca es un clásico, Margaret Borland, muy conocida en su época por sus estudios del teatro del Siglo de Oro, y varios otros. Les admiro, pero no eran ellos mis gurus. Los azares de la vida habían llevado a Manchester a un ex oficial (se decía) del ejército republicano durante la Guerra Civil, un tal José Meana, hombre de gran urbanidad, impecablemente vestido, afable, lleno de humorismo y profundamente intelectual. Como el jefe del departamento, era tremendamente perezoso y nunca escribía nada. Pero yo le adoraba. Cuando más tarde me di cuenta de que sus colegas le menospreciaban, la noticia me hirió profundamente. Iba a todas sus clases, a pesar de que él nunca preparaba nada, y cuando, para redondear su salario, empezó a dar clases de extensión universitaria me matriculé en el acto. Con él empecé a estudiar la literatura argentina. Recuerdo que pidió de la universidad de Londres un libro de cuentos que contenía algunos de Borges. Yo no podía saber que, andando el tiempo, me convertiría en un profesor de literatura latinoamericana, conocería a Borges y escribiría un par de libros sobre su obra. Lo que sí sabía, era que quería ser como Meana: un profesor universitario. Mientras terminaba mi primera licenciatura, le ofrecieron un puesto en la Unesco, en París, y lo aceptó. Días antes de marcharse me encontró delante de la Facultad de Letras. Estaba conmovido. Me dijo que sabía que cometía un error; debía quedarse como profesor. Pero la idea de vivir en París y de cobrar un salario alto le sedujo. Había lágrimas en sus ojos. Me hizo una enorme impresión. Decidí conseguir el grado de «Magister», el paso anterior al doctorado, y seguir la carrera de profesor de español.

Gracias a Dios habían ganado en las elecciones los laboristas y las puertas de las universidades se abrieron de par en par a todos los nuevos licenciados con buenos votos que querían seguir estudiando. La enseñanza era gratuita y gozábamos de pequeñas becas que nos daban de comer. Ahora, para ir a España, había que conseguir un trabajo y ahorrar. Tenía amigos que cabalgaban camellos y elefantes en el circo permanente de la ciudad, mientras otros trabajaban en bares y hoteles. Yo cuidaba a sífilíticos en un hospital de las afueras y cuando morían preparaba los cadáveres para el empleado de las pompas fúnebres a cambio de una propina. Una vez, durante una tempestad de nieve, un colega llevaba un cadáver al depósito en una camilla con ruedas. A causa de la nieve, se obstruyeron las ruedas y la camilla se vino abajo de manera que el cadáver cayó a tierra. El empleado perdió la cabeza y huyó a casa. Horas más tarde su mujer nos advirtió de lo sucedido. Pero mientras tanto el cadáver había quedado cubierto de nieve y algún entrometido devolvió la camilla al pasillo sin preguntarse por qué estaba en el patio. Le tocaba al jefe de la sala decidir lo que se tenía que hacer. No vaciló; convocó al personal entero y nos condujo abajo. Formamos una cadena humana y empezamos a atravesar el patio hasta que alguien tropezó con el muerto. Durante años he ido contando la anécdota a mis clases para que aprendiesen lo que significaba hacia medio siglo ganarse el dinero necesario para frecuentar la Biblioteca Nacional de Madrid y preparar una tesis universitaria.

Necesitaba encontrar un tema para la Tesis de Magister. La encargada de literatura peninsular moderna era una de las mujeres más hermosas que recuerdo haber encontrado. La Profesora Raventós era una escocesa, casada con un ingeniero español, que vivía en la zona elegante de la ciudad (si es que Manchester tiene una zona elegante). Me convocó a su casa para discutir el asunto. Fui temeroso, no sólo por el hecho de visitar a una mujer tan espléndida, sino porque yo estaba totalmente en ayunas de lo que se llama buenos modales. La idea de cenar en un ambiente alto burgués me llenaba de terror, pánico. No era necesario. La vertiginosa señora había preparado un inmenso salmón que llevó a la mesa en una fuente enorme. Su marido, de quien me acuerdo con gratitud, se levantó, cogió un

cuchillo y solemnemente dividió el salmón en tres porciones. Hubo un silencio amenazador. Luego la señora, todavía en total silencio, dividió la porción más pequeña en tres trozos (todavía grandes) y nos sirvió. Supongo que en lo sucesivo nunca permitió a su marido olvidarse de aquel momento. Pero me salvó. Nadie se fijaba en mi manera de comer. Después de la cena, el pobre marido se retiró más que deprisa y me quedé con la señora deslumbrante, que no veía el momento de echarme y despedazar a su esposo. Me dijo imperiosamente: «El tema de su tesis será la técnica narrativa de Baroja». Bajé la cabeza y me marché. En el tren se me ocurrió que quizás no había debido comer aceitunas antes de cenar y lanzar los huesos a la chimenea.

Inmediatamente me puse a leer las obras completas de Baroja y a pasar revista a la crítica. Pero sabía que, agotados los recursos de la biblioteca universitaria, tendría que ir a Madrid para trabajar en la Biblioteca Nacional y en las hemerotecas. En la primavera de 1953 me instalé de nuevo en la pensión barata en la Travesía de San Mateo, cerca de la Calle de Barquillo que había empezado a frecuentar un par de años antes. Estaba llena de estudiantes golfos, otros que habían venido a Madrid para hacer oposiciones y empleados humildes: todos hombres; no recuerdo ninguna chica. Formábamos una pandilla de noctámbulos y bebedores en los bares del centro, con alguna que otra fiesta improvisada en la pensión misma. Se bajaba en una cuerda del balcón la clásica cesta que el camarero del bar de enfrente llenaba de botellas y meriendas. El dueño llegaba con su guitarra e íbamos adelante contando chistes, cantando, interpellando a los transeúntes abajo en la calle y molestando a los vecinos con el ruido, hasta horas tardísimas. Sin embargo, la mañana siguiente me encontraba indefectiblemente en la Biblioteca. No existían fotocopiadoras. Pasaba horas esperando los libros de crítica, tomando notas y escribiendo primeras versiones de lo que más adelante serían capítulos de la tesis. Naturalmente, quería también visitar a Baroja. Me dirigí a González Muela. Me dijo que conocía a un crítico de Baroja que sin duda me llevaría a su tertulia. Días más tarde me apersoné en la casa madrileña de este señor y le expliqué mi problema. Resultó que era un

panadero, y que había publicado en una revista del gremio un breve artículo sobre la juventud de Baroja cuando éste dirigía una panadería de propiedad de un pariente. Me mostró con visible orgullo el artículo, que había hecho encuadernar lujosamente. Le dije que constituía una contribución de inestimable valor a la biografía de Don Pío, y que figuraría en el primer plano de mi tesis. Quedamos en que pronto me llevaría a la casa de Baroja. Días después, efectivamente, se efectuó la visita. Para mi compañero resultó catastrófica. Se anunció como el autor del artículo antes mencionado y se lo mostró orgullosamente al escritor. Este, a quien evidentemente le molestaba toda referencia a un período de su vida que prefería olvidar, le informó secamente que el artículo era una impertinencia, con lo que el panadero pensó bien de retirarse. Conmigo Baroja se mostró muy comprensivo. Me habló de sus visitas a Londres y de Dickens, y se interesó por el tema de mi tesis. Cogí la oportunidad de preguntarle cómo escribía. Me contestó que fumaba cuatro pitillos por capítulo y se negó a añadir más. Volví a visitarle varias veces más, siempre con éxito negativo en cuanto a mis intentos de sacarle datos sobre su técnica literaria. No me importaba; fue la primera vez que me encontraba en la presencia de un escritor importante. Al darse cuenta de que había leído casi todo lo que él había publicado, me hablaba de la composición de sus memorias que en muchos momentos evocaban las circunstancias en que había escrito sus novelas, de sus amistades y enemistades literarias, y de sus apuros durante y después de la Guerra Civil. En mi última visita le pedí permiso para referirme a nuestras conversaciones en mi tesis. Me autorizó a incluir todo lo que quería, «y si no basta», añadió «usted lo hincha». En aquel entonces las dos revistas académicas más importantes para el hispanismo en inglés eran la *Hispanic Review* de la Universidad de Pennsylvania y el *Bulletin of Spanish Studies* de la de Liverpool. Ambas aceptaron artículos sobre Baroja que había tomado de mi tesis. Había dado el primer paso en la carrera. Ahora me tocaba el servicio militar.

A todos los estudiantes varones sobresalientes les convocaban a Londres a ver si tenían lo que se llamaba «cualidades de oficial militar». Todavía no he descubierto lo que son, ni mucho

menos cómo se descubren de antemano. Pero el sistema funcionaba así: uno por uno nos introdujeron en una sala de un edificio en el centro de Londres que estaba llena de pelotas de fútbol, palos de golf y de hockey y toda clase de objetos relacionados con los deportes. Vaya uno a saber para qué servían en aquella zona. Quizás era el depósito deportivo del Ministerio de Aviación. En medio de la sala, sentado detrás de una mesita, un coronel en uniforme me esperaba. Me di cuenta de que era la primera prueba. No perdió tiempo: «¿Qué deportes practica usted?», me preguntó. Me sentí perdido. Había pasado los seis años anteriores en salas de clase y en bibliotecas. Hasta el día de hoy no sé dónde están los campos de deportes de la Universidad de Manchester. Se trataba de mentir, pero ¿cómo? En el fondo la dificultad no era muy grave. En Gran Bretaña todo (ya lo sabía) se cimenta en el esnobismo. ¿Cuál es el deporte más esnob? Aparte quizás del polo, es el rugby. Sin vacilar, contesté «Principalmente, rugby». El coronel me miró con incredulidad. Alto, delgado, con un peso máximo de sesenta y seis kilos yo era todo lo contrario de un típico jugador de rugby. «¿En qué posición?» Ahora sí empezaba a sudar frío. No sabía absolutamente nada de rugby, salvo que en los libros de aventuras ingleses el héroe siempre se destacaba como «hooker». «Hooker», contesté. El coronel repitió la palabra en un tono que no dejaba lugar a dudas. No me creía. Jugué mi última carta. En Gran Bretaña todo lo que es profesional está mirado con desconfianza. Hay que ser aficionado. Hace años los profesionales de cricket se llamaban «jugadores»; los aficionados se llamaban «caballeros». Me apresuré a clarificar el asunto. «Mire usted», le dije «no me refiero a un equipo conocido. Se trata de 'coarse' rugby, el rugby con cualquiera, con equipos 'scratch', grupos de amigos que juegan espontáneamente los sábados por la tarde por amor al deporte». Había dado con las palabras mágicas: «coarse», «scratch». El coronel sonrió. De ser un latino me hubiera abrazado. Siendo inglés, se limitó a darme un apretón de manos. Visiblemente tenía cualidades de oficial. Me mandó a otra oficina donde me encontraba en compañía de otros elegidos, todos los cuales parecían apenas salidos de las duchas de algún club de deportes. Era deprimente. Me sentí un gusano. Pero ya era tarde. Me dieron un billete

de tren desde Manchester a Boston en Lincolnshire y me mandaron a casa.

Poco después, en el otoño de 1955 me encontré en un tren local que iba al campamento donde funcionaban los cursos de preparación para oficiales. Estaba lleno de reclutas y me guardé bien de mencionar que iba como cadete. Hablaban de sus últimos días de libertad y del número de orgasmos que habían tenido antes de marcharse de casa. Algunos se habían casado exclusivamente (decían) en vista del aumento de paga que correspondía a los reclutas casados. Uno nos mostraba que llevaba puestas las bragas de su nueva mujer como recuerdo de la luna miel. «¿Qué tal el matrimonio?» Alguien le preguntó. «Habría que cortarles las orejas a tu mujer y cosérselas al culo», contestó el aludido, «Así uno tendría algo a que agarrarse.» Hice una nota

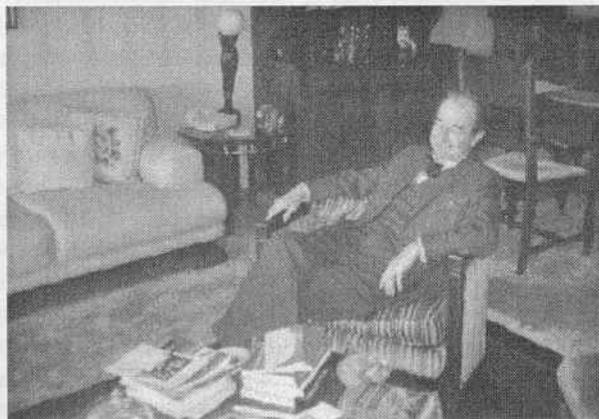
mental. En Boston los reclutas se pusieron en fila y se marcharon a pie al campamento. A nosotros los cadetes nos llevaron en un camión. Mis compañeros de tren nos miraron con odio. En las salas de dormir del cuartel hacía un frío horroroso. Cada sala contenía catorce cadetes. Siendo ingleses, normalmente habríamos tardado semanas en

entablar relaciones de amistad. Pero no era una situación normal. Nos organizamos en grupos y fuimos a buscar combustible para las dos estufas de nuestra sala. Dimos con un depósito de carbón rodeado por un muro con alambradas. Era poco para desanimar a jóvenes dotados de cualidades de oficiales. Primero robamos algunos cubos y luego con saltos acrobáticos los más atléticos superaron el muro y llenaron los cubos de carbón. Yo me quedé como mero espectador y los demás me miraron mal. Pero una vez en la sala nadie sabía cómo hacer funcionar las estufas. Mientras ensayaban varios experimentos, descubrí unas latas de cera para el piso. Vací una lata en una de las estufas, añadimos carbón y pegamos fuego a la cera. Hubo una serie de sonidos siniestros, seguidos

por una gran llamarada. Diez minutos después las estufas funcionaban magníficamente. Alguien descubrió que se podía comprar latas de habichuelas en una tienda en el campamento mismo. Las calentamos con las planchas eléctricas que servían para nuestros uniformes. La primera noche dormimos ahítos y calientes. El día después empezó el purgatorio.

Supongo que todos los cursos de preparación de oficiales serán más o menos similares. Se trata de desmontar la personalidad de los cadetes, y una vez que se les ha robotizado, se procede a reconfigurar su mentalidad según las necesidades de la vida militar. Para lograr tal propósito los tres meses del curso acelerado que seguimos fueron pocos. Resistimos cada fase del proceso. Por otra parte lo que se tenía que aprender (instrucción, uso y mantenimiento de las

armas, etc.) era fácil y a veces incluso tenía su lado divertido. Un oficial («que lleva el uniforme de la reina») tiene que saber comportarse como un caballero. Nos enseñaban el buen comportamiento en la mesa, qué vinos había que beber con los diversos platos, cómo había que vestirse fuera del campamento (un sombrero era



imprescindible), cómo hacer imprimir las tarjetas de visita, sobre todo, cómo mantener insalvable el abismo que separa a los rasos (y fuera del campamento a la plebe) de la gente de bien (o sea, de nosotros). Mi acento plebeyo y mi falta de disposición para los deportes me daban cierta sensación de inferioridad. Pero paradójicamente, al momento de graduarme, de los sesenta y pico cadetes del curso estaba entre los primeros veinte. Se me entregó un pergamino aparentemente firmado por la Reina (supongo que se trataba de un timbre), que empezaba con las palabras «A mi fiel y bien amado súbdito Donald Shaw, saludos...» y me anunciaba que me otorgaba el rango de Subteniente de Aviación. Todos somos súbditos, pero no todos pueden gloriarse de ser fieles y bien amados. Algo es

algo. Me destinaron, como era natural, a la enseñanza y me mandaron a un campamento cerca de Londres para un curso de orientación. No perdí la oportunidad de pasar repetidas veces en uniforme delante del Palacio Real, para hacerme saludar por los guardias. Durante la orientación nos explicaron que la enseñanza en la Aviación no ofrecía dificultades. Se trataba de preparar a ciertos reclutas selectos para los exámenes de sargento. Tenían que aprender a escribir partes para los superiores utilizando la jerga militar y otras cosas por el estilo. Si además aprobaban ciertos exámenes estatales de inglés o de algunas asignaturas comerciales y tecnológicas les correspondería un aumento de paga y mejores posibilidades de promoción a sargento mayor, etc. El problema no tenía que ver con las materias que se estudiaban; tenía que ver con el impacto del profesor en la clase. Las clases con las que nos ejercitamos estaban integradas tanto por reclutas varones como por personal de las fuerzas auxiliares femeninas. Me di cuenta en seguida de que la mejor manera de aprobar el curso de orientación era hacer llorar a las chicas. Mi *pièce de résistance* o clase demostrativa era la descripción de una corrida de toros. Ante la imagen del pobre torero que oraba en la capilla antes de arriesgar la vida en la arena para proveer medios de vida a su madre viuda y a sus hermanitos pequeños, las de las fuerzas auxiliares se deshicieron en lágrimas. Gané fama de buen profesor. Según la posición que uno tenía en la graduación final del curso, se tenía el derecho de escoger el campamento donde pasar el resto del servicio militar. Escogí un campamento en la costa de Somerset, cerca de Bristol.

Los dos años que pasé allí trascurrieron demasiado rápidamente. No tenía mayores responsabilidades, me gustaba la paga de oficial, el uniforme y el poco trabajo. Pero me preocupaba la perspectiva de buscar un puesto universitario al terminar el período del enganche. Por otra parte la vida militar tenía sus momentos cómicos, que recuerdo con placer. Uno vino con la visita de la Princesa Margaret al campamento. Entre las obligaciones de la familia real figura la de visitar a sus fieles y bien amados oficiales. Se anunció su visita y empezó una actividad frenética. No me había dado cuenta de que los miembros de la familia real tienen sus necesidades físicas como los demás mortales. La

diferencia estriba en que no pueden cumplir con ellas como nosotros. Como primer requisito hacía falta un wáter nuevo para la Princesa. Se tiró abajo el inodoro de mujeres del comedor de los oficiales, y se construyó otro nuevo flamante. Pronto hubo una fila de esposas de oficiales y de oficiales de las fuerzas auxiliares femeninas, deseosas de poder decir que habían utilizado el wáter de la Princesa. Cuando la noticia llegó al Palacio Real llegó la orden de derribar inmediatamente el wáter nuevo y construir otro que se tendría cerrado con llave hasta que se terminara la visita de su alteza. No bastaba. Las ventanas de atrás del comedor daban sobre un patio lleno de escombros, de botellas vacías y de cajas y recipientes sucios. En un dos por tres se quitó los cristales y se los reemplazó con cristales deslustrados. Apenas se marchó la Princesa, se procedió a quitar los cristales nuevos y poner otra vez cristales normales. Evidentemente sólo a la Princesa le podía molestar la vista del patio. Ella, sin embargo, me hizo una impresión muy favorable. Se le presentó a uno de mis amigos, que obtuvo ese honor por ser el jefe de los «boy-scouts» locales. Se quedó boquiabierto. La Princesa le preguntó «¿Vio usted cómo la gente aplaudió a mi llegada?» «Sí, Alteza». Y ella: «Le hace a uno perder la confianza en la naturaleza humana, ¿verdad?» La princesa Margaret era así. Al final de su visita se hizo una fotografía grande con ella sentada en medio de todos los oficiales. En aquel momento el comandante, que era naturalmente un imbécil, estaba furioso porque la Princesa había tratado a su mujer muy desde arriba para abajo. Le vino la idea de vengarse haciéndola sentarse en una silla más alta de lo normal, para poner en evidencia en la fotografía su baja estatura. Confiaba en que ella no querría atraer la atención a su poca talla y que no reaccionaría. Se equivocó. La Princesa, tras inspeccionar la silla, le dijo secamente, «Haga el favor de quitar esta silla, y traer otra». El comandante hizo una seña a su edecán. Pero la Princesa rebatió: «No él, usted». Delante de todos el comandante tuvo que devolver la silla a su sitio y volver con una silla normal. Entonces, y sólo entonces, se hizo la fotografía. A pesar de mis ideas laboristas, me convertí en el acto al monarquismo.

Yo era un oficial rebelde. Como consecuencia me condenaron repetidas veces a hacer de oficial de

guardia, que no podía salir del campamento. Nunca olvidaré la primera vez que tuve que inspeccionar el rancho, visitar a los delincuentes en el cuartel de la guardia y formar parte del pelotón encargado de vigilar la moralidad de las tropas. A las diez de la noche me presenté a una mayor de las fuerzas auxiliares femeninas, llamada «El Hacha de Batalla», comandante del pelotón. El campamento no estaba defendido. En vez de muros o alambrados, había sólo unas hayas enormes y casi impenetrables que circundaban el recinto. Encabezados por El Hacha nos pusimos en camino siguiendo las hayas. A cierta distancia de la entrada al campamento, El Hacha se precipitó en medio de unas hayas y salió seguida por un soldado y una chica. Tras apostrofar a la chica, que se marchó riéndose, El Hacha se dirigió al soldado avergonzado. «¡Abotonarse la bragueta y a las celdas!» El pobre se fue cabizbajo. La escena se repitió varias veces hasta que completamos el circuito del campamento. Yo sudaba frío; estaba totalmente desconcertado. La mayor estaba tan campante. Supongo que, al terminar su carrera en la Aviación, habrá tomado la dirección de una cárcel de mujeres o algún trabajo semejante.

En la Aviación aprendí que existen esclavos naturales. Nunca me acostumbré a que obedeciesen mis órdenes sin chistar. Me esperaba siempre que me mandasen al infierno, y probablemente hubiera abrazado al primer soldado raso que tuviera el valor de hacerlo. Pero nunca sucedió. Para los soldados de carrera las fuerzas armadas ofrecen algo así como un corsé mental. No hay que tomar decisiones. Basta obedecer. Pero hay que salvaguardar el orgullo. La reacción psicológica es interesantísima. Abro un breve paréntesis para mencionar que el mayor problema de las fuerzas armadas en Gran Bretaña, en los años de paz, es la lluvia. Si no llueve se puede pasar el rato obligando a las tropas (que no tienen nada que hacer) a hacer gimnástica o alguna otra actividad al aire libre; pero cuando llueve hay que encontrar la manera de divertirles bajo cubierta. Pronto en el campamento se dieron cuenta de que yo y otros servíamos para dar charlas informales en las enormes barracas en que se hacinaba a los soldados, que fumaban, tomaban té y esperaban la hora de comer. No siempre les podía hablar de corridas de toros,

aunque era el argumento más popular. Se charlaba de todo, incluso de las actitudes de los soldados hacia el servicio militar obligatorio. Con asombro me daba cuenta del mito que ellos cultivaban acerca de los oficiales. Se sabe que los de la Guardia Real en algunos casos son aristócratas, y que en general necesitan rentas propias en adición a su paga para mantener su prestigio en el regimiento. Poco a poco iba comprendiendo que los soldados extendían este concepto del oficial a nosotros. La idea que nos habían inculcado en los cursos de preparación, de que existía un abismo insalvable entre el soldado y el oficial, nacía hasta cierto punto de la voluntad de hacer creer que formábamos parte de un grupo social distinto y superior. Fui convenciéndome de que en esto, mucho más que en la disciplina aprendida, se cimentaba la obediencia de los soldados. Me indignaba, y traté varias veces de explicar que era un mito y que la más somera observación de los oficiales individuales bastaría para mostrar que pertenecían, como yo, a la misma clase social de muchos de los soldados que hacían su servicio militar y que me escuchaban. Fue un error. Resultó inútil explicarles que había un proceso de selección; además mi propia experiencia no me permitía tomarlo en serio. Después de varios intentos de abogar por el principio de la realidad, comprendí que me escuchaban con creciente hostilidad. Volví a hablar de las corridas de toros.

Mis clases daban buenos resultados y mis charlas en los días de lluvia me valieron la aprobación de mis superiores directos. Pero otros oficiales me criticaron ásperamente, y desde su punto de vista con razón. Lo que me salvó fueron las maniobras nocturnas. Una vez al año se organizaba un ataque al campamento, utilizando la mitad de los efectivos, con la otra mitad como defensores. Era una farsa, entre otras razones porque todos sabemos que los atacantes tienen que ser lo menos tres veces más numerosos que los defensores. Me agregué de mala gana a los defensores y me asignaron una treintena de hombres y un sector del bosque en torno al campamento. Las horas pasaban en silencio, hacía frío, y nos aburríamos soberanamente. Gracias a Dios, en Gran Bretaña incluso las guerras se paran para que se tome el té. Hacia las dos de la mañana llegó el té en grandes recipientes

que hice poner en un montón de madera. Teóricamente habría debido llamar a los hombres uno por uno para llenar su taza de modo que los demás quedasen prontos a rechazar un ataque. Pero me encogí de hombros. Todos se pusieron en fila detrás del montón, naturalmente llevando consigo sus rifles, ya que abandonar un arma era un crimen serio. Mientras terminábamos de beber, nos atacaron, pero el hecho de que todos mis hombres estaban concentrados en un sitio significó que los recibimos con un fuego intenso de balas de fogeo. Los observadores decretaron el fracaso del ataque y al día siguiente recibí las felicitaciones del comandante. Con esto pude terminar mi estadía en el campamento más o menos felizmente.

Los últimos meses, sin embargo, estuvieron llenos de ansiedad. Leí ávidamente el suplemento del *Times* en el que se anunciaban los puestos universitarios y envié solicitudes a diversos departamentos sin éxito. En aquel año anunciaron cinco puestos. Me tocó el quinto (y el peor) en el Trinity College, Dublin, o sea en la Universidad protestante en la catolicísima Irlanda del Sur. Fundada en 1591, la universidad tuvo una gloriosa historia bajo la dominación de Irlanda por los ingleses. Entre sus alumnos contaba a Goldsmith, a Oscar Wilde y más recientemente a Samuel Becket. Pero en 1956 era ya un anacronismo y, sin una subvención del gobierno irlandés, se encontraba a punto de la bancarrota. Yo no lo sabía. Me deslumbraban los edificios elegantes del siglo dieciocho que forman como una ciudad universitaria pequeña en el centro de la ciudad, dentro de la cual vivían muchos estudiantes y algunos profesores solteros. Sólo cuando me asignaron un piso en el edificio más histórico me di cuenta de las condiciones desastrosas que me esperaban. No había agua corriente en el interior del piso. En el descanso de la escalera, había un grifo de agua fría, y basta. El wáter estaba en la planta baja. No había en qué cocinar salvo un pequeño hornillo de gas; no había un frigorífico; sobre todo, no había ni una ducha, ni mucho menos una bañera. Me quejé al jefe del departamento, Edward Riley, después muy célebre como cervantista. Me dijo que no había que desesperarse: hablaban de instalar dos bañeras en el sótano del Club de los Profesores. Me llevó al club para asociarme. Era lujosísimo, pero me llamó la

atención que entre dos de las salas había un tabique detrás del cual se veía unas mesitas bajas. Pregunté a Riley cuál era su función. De mala gana me explicó que hasta hace poco había sido el baño. Antes, en cada mesita había un orinal. Ahora, me dijo, había un wáter. Me sentí aliviadísimo. «¿Y las bañeras?» Se tendría una reunión del profesorado para discutir el asunto. Efectivamente hubo un gran mitin. Muchos hablaron en pro y en contra. Me queda grabado en la memoria el discurso del profesor más anciano. Consistió en pocas palabras. «En realidad», dijo, «no comprendo por qué se hace tanta bulla a causa de la ausencia de bañeras; les recuerdo que el trimestre sólo dura siete semanas». Se procedió a votar y vencieron los que querían bañarse. Semanas después instalaron dos bañeras cada una con una pequeña estufa de gas para calentar un hilo de agua. No las utilicé jamás. Fui solemnemente dos veces por semana a los baños públicos. En la misma reunión se discutió por enésima vez si se debía abrir el Club a las profesoras, de las que había cierto número, incluso algunas bastante famosas en sus campos de investigación. No se les permitía vivir dentro de la universidad, no podían entrar en el Club, y para colmo tenían que abandonar el campus (como las estudiantes) antes de las seis de la tarde. Descubrí que mis colegas eran masculinistas a ultranza. Bastaba escuchar al Catedrático de francés. «Si admitimos a las mujeres al Club», sostuvo, «no podríamos ser —digamos— 'desabotonados'. No quiero insinuar que queremos ser 'desabotonados', pero en la presencia de las mujeres no podríamos serlo aunque quisiéramos». Hubo prologados aplausos y la situación de las mujeres no mejoró.

Me presentaron al arriba mencionado profesor más anciano (nadie se jubilaba: no había pensiones) que resultó ser un pastor anglicano. Llevaba el típico cuello blanco clerical. Lo tocaba con los dedos como para llamarme la atención. «Como ve usted,» me dijo, «Soy un sacerdote. Pero no en el sentido antipático del término». Acto seguido me mostró un armario lleno de botellas de jerez, oporto y vino de madeira y me invitó a tomar una copa. La universidad, me explicó, se fiaba de nuestra honradez. Se podía tomar todas las copas que uno quería, pagándolas al final del mes. No había que apuntar ni firmar

nada. Me parecía muy civilizado. Frecuenté el Club; todos se mostraban muy amables, pero noté cierta frialdad. No me aceptaban, y no sabía cómo romper el hielo. Comíamos en un gran comedor con vastas mesas para los estudiantes y una «mesa alta» en un estrado para los profesores. Se entraba (en toga desde luego) y se sentaba en orden de antigüedad. Yo naturalmente era el último. Me excluían de la conversación, y a veces de los postres que los camareros en frac llevaban a la mesa en grandes bandejas. Pensaba en el proverbio italiano: «Felices los últimos, si los primeros son discretos». Los primeros no eran siempre discretos y se servían una doble porción de postre. El último no era feliz. Pero llegó mi momento. Si un profesor llegaba tarde tenía que sentarse al fondo de la mesa conmigo. Una tarde llegó con retraso uno de los Deanes y, tras pedir disculpas al jefe de la mesa, se sentó a mi lado y (como a veces sucedía) ofreció vino a todos los presentes. Los camareros trajeron algunas botellas de Chateaufort du Pape y bebimos a la salud de la Reina. Me vino a la memoria una frase de Anatole France, quien escribe en una de sus novelas que ese vino se debería beber de rodillas y con la cabeza descubierta. Se lo dije al Deán. Se levantó, pidió silencio, y me invitó a repetir la frase, que la compañía acogió jubilosamente y se brindó a la memoria de France. Desde aquel momento me interpeaban amistosamente en la mesa y tuvieron cuidado de reservarme siempre un postre.

En mis clases enseñaba gramática española y alguno que otro curso de literatura, principalmente del siglo diecinueve y veinte. Entre mis estudiantes figuraba el que con el tiempo escribiría una famosa biografía de Lorca, y un libro sobre Darío que tuvo la amabilidad de dedicarme. Me refiero, claro, a Ian Gibson. Pero él era un mirlo blanco. La mayoría de los que asistieron a mis cursos eran chicas de buenas familias protestantes que frecuentaban la universidad en busca de un marido. Me escuchaban distraídamente, pensando en sus caballos, en sus coches y en los bailes de la Residencia de las Estudiantes. Cada tanto cortejaba a una de las chicas de la Residencia e iba a verla para tomar el té. Era permitido entrar en su dormitorio, pero sólo a condición de que se pusiera la cama en el pasillo. Supongo que a veces en el suelo ocurría lo que

Azorín llama «grandes y trascendentales cosas». A finales de mi segundo año en el Trinity me enamoré locamente de una chica que pertenecía a la alta burguesía ultra-protestante de Belfast en el norte de Irlanda. Tuvimos un idilio delicioso y no sin momentos de comicidad, como ocurre siempre en Irlanda. Una tarde me invitó a acompañarla a un baile en una aldea en el campo, lejos de la ciudad, vaya a saber uno por qué. El baile tuvo lugar en la dependencia de una iglesia católica. En medio de la pista de baile estaba sentado el cura local, con un bastón en la mano. Si durante un baile pasaba cerca una pareja que se abrazaba demasiado fuerte, les daba un ligero bastonazo, insistiendo en que hubiera un espacio entre cuerpo y cuerpo. En el intervalo unos grupos de chicuelas de seis o siete años dieron una exhibición de bailes irlandeses. Hubo un premio. Era evidente cuál era el grupo más meritorio. Pero el cura les negó el premio, anunciando que habían bailado con demasiado entusiasmo, de manera que se les veían las pantaletas, lo cual daba vergüenza. El equipo se retiró llorando, y nosotros nos marchamos indignados. Eran otros tiempos. Más adelante mi novia me invitó a visitar a sus padres en Belfast durante las vacaciones de Pascua. Me puse mi mejor traje y tomé el tren. Al llegar a la casa, llamé, se abrió la puerta y me encontré delante de un mayordomo. Comprendí que iba a ser una visita difícil, y así fue. Experimenté lo que Hamlet llama «la contumelia del orgulloso». La familia de mi novia me trató con cortesía glacial y resultó evidente que los padres no me veían como a un futuro hijo político. Al final de la visita mi novia me condujo en coche al barco para Liverpool y en el embarcadero me dijo que sus padres habían vetado nuestra relación y que ella no se proponía rebelarse. Volví a Manchester muy deprimido. Las desgracias no vienen jamás solas. A finales de la vacación, de vuelta al Trinity, recibí una comunicación de la universidad en la que se informaba a los profesores que el Trinity había agotado sus recursos y en consecuencia no habría más ascensos y se despediría a todos los precarios como yo. Efectivamente, poco después el Trinity tuvo que agregarse a la Universidad de Irlanda, como un campus más de esa institución poco prestigiosa. Yo, mientras tanto, buscaba desesperadamente un nuevo puesto. El único disponible era un puesto de encargado de estudios latinoamericanos

(literatura, historia y pensamiento) en la Universidad de Glasgow en Escocia. Decidí hacer la solicitud a pesar de mi casi total ignorancia de la materia. De hecho, sólo había hecho con Meana en Manchester un curso suplementario sobre literatura moderna argentina. Con gran sorpresa recibí enseguida una invitación a presentarme en Glasgow para asistir a una entrevista con el catedrático. Este me citó en el Club de los Profesores la mañana de mi llegada. Vi inmediatamente que no le interesaba para nada mi falta de conocimientos de cultura latinoamericana. En cambio, me preguntó insistentemente acerca de mi vida emotiva. ¿Estaba casado? ¿Pensaba casarme? ¿Tenía novia? Le dije que no. Supuse que quería que me fuera a estudiar a Latinoamérica durante el verano antes de agregarme a su departamento. Le dije ingenuamente que no había ningún obstáculo. Acto seguido me presentó ante el Presidente de la universidad como el único candidato aceptable y en un dos por tres me contrataron con un aumento de salario respecto al Trinity y ya no como precario

sino como profesor de plantilla. Volví al Trinity totalmente desorientado. Mis colegas me recibieron a carcajadas. Me informaron que el de Glasgow era un departamento criminal, que el catedrático estaba loco y que la explicación saltaba a la vista: él tenía un par de hijas solteras que rabiaban por casarse, y yo era evidentemente la víctima. Desde luego se habían guardado bien de decírmelo antes. Les respondí que ya tenía «tenure» y un buen salario y que se fueran a freír espárragos. Pero no las tenía todas conmigo. En junio me despedí del Trinity; pasé el verano preparando mis nuevos cursos y a finales de septiembre tomé el tren para Glasgow. Empezaba una saga que iba a durar siete años, pero merece un capítulo aparte.

#### Nota

<sup>o</sup>Véase «Extravagancia, impostura y trabajo. Introducción al segundo capítulo de la autobiografía de Donald Shaw», por Randolph D. Pope, en esta misma revista, pgs 97-99.